



La Ternura.

Ser tiernos es ser suaves, blandos, delicados, cálidos, amorosos.

La ternura es lo contrario de dureza, de inflexibilidad. Quiénes se atrincheran en la dureza, se privan de la hermosa oportunidad de dar y recibir afecto.

La ternura atrae, encanta, afirma, fortalece. La ternura se regala en la mirada, en el tono empleado para solicitar un favor, en el saludo, en la manera de estrechar una mano y hasta en la forma de dirigirnos a la persona que nos atiende en el restaurante.

La ternura es privilegio de aquellos que se atreven a abrir el corazón, de aquellos que no temen ser vulnerables; por eso es patrimonio de las almas claras.



Los niños educados con amor son casi siempre tiernos,
al igual que las personas de edad avanzada
que han vivido activa y plenamente.
Siempre he pensado que uno de los ingredientes
del amor es una sustancia llamada ternura.

Una buena dosis de ella le da una dimensión
más amplia y significativa al encuentro amoroso.

La ternura y la pasión forman una mezcla que nutre,
refresca y renueva la relación entre las
personas que se aman.

La pasión se extingue fácilmente,
en tanto que la ternura depende menos
de fluctuaciones anímicas, sobrevive al
envejecimiento del cuerpo y le da juventud al alma.

La ternura es una cualidad que puede
ser cultivada y mejorada conscientemente.

Ser tiernos es una determinación
que podemos tomar y una
decisión que implica riesgos;
es decidirnos a amar y
ofrendarnos
sin celos ni temores.

Luis Gaviria

